

Palabras de presentación del libro ‘La Marina Real Británica y la Guerra del Pacífico, 1879-1881. Diarios y acuarelas de Rudolph de Lisle’

Michel Laguerre Kleimann¹

Estimado Gonzalo,
Estimado Gerard,
Estimados amigos,
Distinguidos todos:

El libro que nos convoca en esta noche tiene casi ciento cincuenta años de antigüedad. Su versión primigenia era de papel y tinta de pluma manuscrita, y estuvo al alcance de muy pocos lectores, a lo mejor íntimos del diarista, entre los que pudieron estar los compañeros de a bordo, así como algún familiar.

Su autor fue el teniente Rudolph de Lisle, valiente, observador, ilustrado e interesante oficial de la Marina Real Británica.

249

1 Capitán de corbeta de la Marina de Guerra del Perú y magíster en Historia por la Pontificia Universidad Católica del Perú. Miembro de número del Instituto de Estudios Histórico-Marítimos del Perú, miembro asociado del Instituto Riva-Agüero y miembro asociado de la Sociedad Peruana de Derecho Internacional.
E-mail: mlaguerrek@gmail.com
ORCID: 0000-0002-2363-9187

Perteneciente a una notable familia, fue de los pocos marinos que profesaron la fe católica a bordo de los buques de su Majestad Británica, predominantemente de fe anglicana.

La razón por la que nos encontramos convocados esta noche se debe al profundo amor familiar de un sobrino nieto suyo. Me refiero a don Gerard de Lisle, quien, en el año 2008, editó una publicación que reunió las anotaciones del diario de Rudolph, así como las acuarelas que pintó durante su estancia en esta parte del planeta durante la denominada Guerra del Pacífico.

Aquel primer trabajo lo publicó la editorial Pen & Sword Books en el Reino Unido, y tuvo cierto eco en el Perú. De hecho, quien les lee estas líneas era un joven alférez de fragata que pudo escuchar algunos comentarios respecto a este libro con un título tan interesante y, para muchos, hasta provocativo. Su difusión y consulta en nuestro medio no fue masiva, como un texto de esta naturaleza merece. El idioma fue el principal factor limitante. Por ello, la presente publicación viene a subsanar aquella brecha que heredamos desde tiempos de Babel.

No fue sino hasta el año pasado que la versión original en inglés llegó a mis manos gracias a un obsequio de mi querido amigo Mauricio Novoa; pero, por temas laborales, no pude terminar de leerlo.

Grata fue mi sorpresa al recibir el atento correo de Gonzalo Castro de la Mata invitándome a presentar esta obra por especial recomendación del historiador José de la Puente Brunke.

La presente edición es la primera en castellano y ha sido publicada por el prestigioso Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Contiene 197 páginas, donde no solo se puede apreciar 66 acuarelas y varias fotografías, sino, también, leer las personales impresiones que dejó la nefasta Guerra del Pacífico a través de los 176 días registrados a lo largo de 3 años, por el observador De Lisle.

Un prólogo escrito por el vicepresidente de la Academia Nacional de la Historia seguido de una introducción del editor y de un prefacio escrito por la distinguida historiadora Celia Wu Brading nos abren la puerta para ingresar con confianza y seguridad a este relato que inquieta por momentos.

El diario nos habla de la cotidianidad a bordo de un buque de la entonces mayor marina del mundo. El ocio y las mascotas del buque (que eran dos llamas), las apreciaciones técnicas de los elementos de guerra, tales como diferentes plataformas de combate, cañones, uniformes, organización, moral, profesionalismo, peculiaridades de los espacios geográficos tanto terrestres como marítimos, fiestas, deportes, entre otros, nos arman un esquema general y nos presentan extractos de la cosmovisión de quien nos comparte sus reflexiones. Cuando lo leía, vinieron a mi mente los estilos de Guillermo Miller y James Paroissien.

A diferencia de lo que la acuarela de la portada nos podría hacer presumir, el HMS *Shannon*, buque que dotaba nuestro personaje, alcanzó la corriente de Humboldt –sí, él la anotó con este nombre– el 13 de octubre de 1879, y arribó al puerto de Valparaíso el 16 de dicho mes.

El autor debió ser muy ávido en la búsqueda de la información de los relatos que se transmitían, puesto que anotó y dibujó los principales sucesos en los que no participó. Por otro lado, demostró poseer una fina ironía que roba al lector una sonrisa o una sorpresa. De hecho, su capacidad de describir cualidades humanas de uno u otro bando en conflicto otorga cierto dinamismo a su relato, el cual se lee con suma facilidad. Esta es una de las características principales de esta publicación, puesto que la fluidez estampada en el papel refleja una mente tranquila y serena.

Entre las primeras ironías que encontramos en el relato, se encuentra la referida al blindado *Blanco Encalada*; cito: “A pesar de que hizo 32 disparos contra el *Huáscar*, solo lo alcanzó tres veces, y a 25 o 30 yardas de distancia [...]. Uno de sus disparos, sin embargo, se ejecutó bien, pues entró por una de las baterías de popa del *Cochrane* y logró alcanzar la otra banda. / Las esquirlas mataron a un hombre e hirieron a diez. El *Blanco* declaró que fue uno de los disparos del *Huáscar*, no así el *Cochrane*”.

Más adelante escribe: “Cuando el *Huáscar* arribó a [Valparaíso] el 20, la bahía estaba muy alegre, con numerosos botes desperdigados y preparados para escoltarlo hasta adentro [...] pero en general, las personas estaban decepcionadas, pues habían pensado que era al menos tan grande como el *Cochrane*”. Esta última expresión es uno de los mejores halagos y reconocimientos a la pléyade de marinos peruanos a bordo del legendario monitor.

De Lisle fue testigo de la toma de Pisagua, donde elogió la bravura de algunos de sus defensores, quienes, a decir del marino británico, “dispararon tanto como pudieron [...]

cuando agotaron su último cartucho cargaron con sus bayonetas; sus cuerpos muestran que pelearon bien”. En otras palabras, Rudolph era poseedor del concepto militar que sostenía que la disciplina, la valentía y el sacrificio por la causa de la patria eran la aspiración de un hombre en armas, concepto romántico que predominó durante el siglo XIX.

Hace un rato comenté que De Lisle era un agudo observador que usaba la ironía para describir cualidades de los grupos de personas con las que interactuaba. Ejemplo de ello fue que sostuvo que el lema de los peruanos era “mañana”. Cito: “Si es que damos crédito a los relatos peruanos, pronto el *Mañana*, *Más Tarde* y *Poco Tiempo*, harán su aparición. No obstante, de dónde vienen o qué clase de buque son es algo que todavía se mantiene en secreto de estado. Estos nombres fueron puestos por un ingenioso en Lima, y son, sin duda, muy apropiados”. De hecho, el 6 de diciembre, mientras el HMS *Shannon* navegaba, el *Blanco Encalada* los iluminó con su reflector y despachó a un bote armado que le disparó pensando, sostuvo el diarista, que “éramos el *Mañana* en nuestro camino al norte”.

El *Shannon* arribó al Callao el 18 de diciembre. De Lisle recuerda la sangrienta y veloz toma de poder por parte de Nicolás de Piérola: “El país –anotó– parece estar dirigiéndose hacia la bancarrota nacional y no hay ningún estadista que tenga el coraje moral para decir que están pasando lo peor y busque la mejor manera de enfrentarlo”. “Desde la pérdida del *Huáscar* –continuó–, el país está de luto. No hay fiestas ni celebraciones de ninguna clase, tampoco bailes. El pueblo rompería las ventanas de quien quiera que lo permita”.

Este pasaje nos invita a la reflexión respecto a la importancia del Poder Naval para un país marítimo como lo es el Perú. De Lisle reconoce de manera indirecta que el Perú perdió la Guerra cuando Chile alcanzó el control del mar el 8 de octubre de 1879. El pueblo peruano lo sintió así, por eso se refiere al luto social que observa a finales del año.

Pero este luto no tenía que proyectarse, necesariamente, a los buques de las potencias extranjeras estacionadas en el Callao. Por ello De Lisle recuerda las regatas organizadas donde varios tipos de embarcaciones compitieron en sus respectivas clases mientras que las bandas de músicos acompañaban el esfuerzo físico de los improvisados atletas. Cosa curiosa, la copa de esta regata fue obsequiada por los señores Grace de la compañía Grace del Callao.

En otros puertos, tanto de Chile como de Perú, estos marinos ingleses cazaban patos, ibis y otras aves salvajes. Asimismo, se entrenaban en el lanzamiento de torpedos Whitehead, de artillería, así como en el desembarco a tierra. Del mismo modo, jugaban críquet y tenis, actividades deportivas que se complementaban con las obras de teatro y recitales que se desarrollaban a bordo de estos buques de combate.

Esta peculiaridad los llevó a interactuar con los oficiales de otras unidades navales, tales como del USS *Pensacola*, buque insignia del almirante Rodgers, “hombre extremadamente cortés, querido por todos” de acuerdo con De Lisle. Con esta tripulación, los del *Shannon* jugaron béisbol por primera vez, perdiendo el partido. La revancha se obtuvo con el críquet.

254

Volviendo a los aspectos navales, De Lisle fue testigo de la doble ruptura del bloqueo del puerto de Arica, hazaña naval lograda por la corbeta *Unión*.

Esta operación le mereció la siguiente apreciación: “El juego merecía cierto grado de riesgo, pero los chilenos parecieron olvidar que estaban en buques blindados y, aparentemente, se creían en buques de madera”.

He aquí otro fino reconocimiento indirecto a los marinos peruanos, el mismo que contrastaba con la siguiente expresión: “Los peruanos dejan todo a último momento y, sin duda, creen que habrá suficiente tiempo para proteger el camino cuando los chilenos hayan desembarcado en Ancón”, elegante crítica a la falta de actividad, planificación, observación y ejecución por parte de las autoridades encargadas de ello.

La descripción que hace de las batallas de San Juan y Miraflores, y de la destrucción de Chorrillos, bien va de la mano con la de Tommaso Caivano, las mismas que no dejan de estremecer el cuerpo de quien las lea.

En este punto, las acuarelas de Rudolph son un registro visual de primer orden. Del mismo modo, aparecen las angustias del cuerpo diplomático y de los almirantes extranjeros por buscar salvar a sus connacionales de la destrucción de la soldadesca. En este punto salta el conocido orgullo inglés, cuando se registra que, luego del estallido de las balas durante el desayuno con Piérola, los agentes diplomáticos corrieron hacia Lima, llegando muy descompuestos, débiles y hasta desmayados, cosa que no pasó con Spencer Saint John ni con Stirling, quienes a decir de De Lisle “llegaron en mejores condiciones que todos: cubiertos en polvo, con los abrigos cayéndoseles, pero aun así preparados para correr otra milla si fuera necesario”.

Esto es lo interesante de esta obra, puesto que uno se convierte en testigo de lo relatado por Rudolph y logra aproximarse a lo que él vio en su momento. Las acuarelas son, para este efecto, una ayuda de primer orden para viajar en el tiempo y vivir la amarga experiencia de la Guerra. Para los que puedan ir a la cima del cerro Meiggs, podrán leer su nombre inscrito en la profanada cruz que lo adornaba, en caso aquella cruz siguiera en pie.

En ese sentido, el valor del libro que hoy presentamos es múltiple. No se necesita ser marino o historiador naval para gozar de la lectura de sus páginas. Suficiente que uno tenga ansias por lo artístico, el comportamiento humano, la geografía y la historia para tener excusa para comprarlo y leerlo.

Esta edición castellana vendrá a complementar la nutrida bibliografía referida a la Guerra del Pacífico, y permitirá ampliar datos sobre aquella jornada. En otras palabras, será un libro necesario para cuando se pretenda escribir sobre aquel periodo.

Gracias.

San Isidro, 11 de enero del 2022